

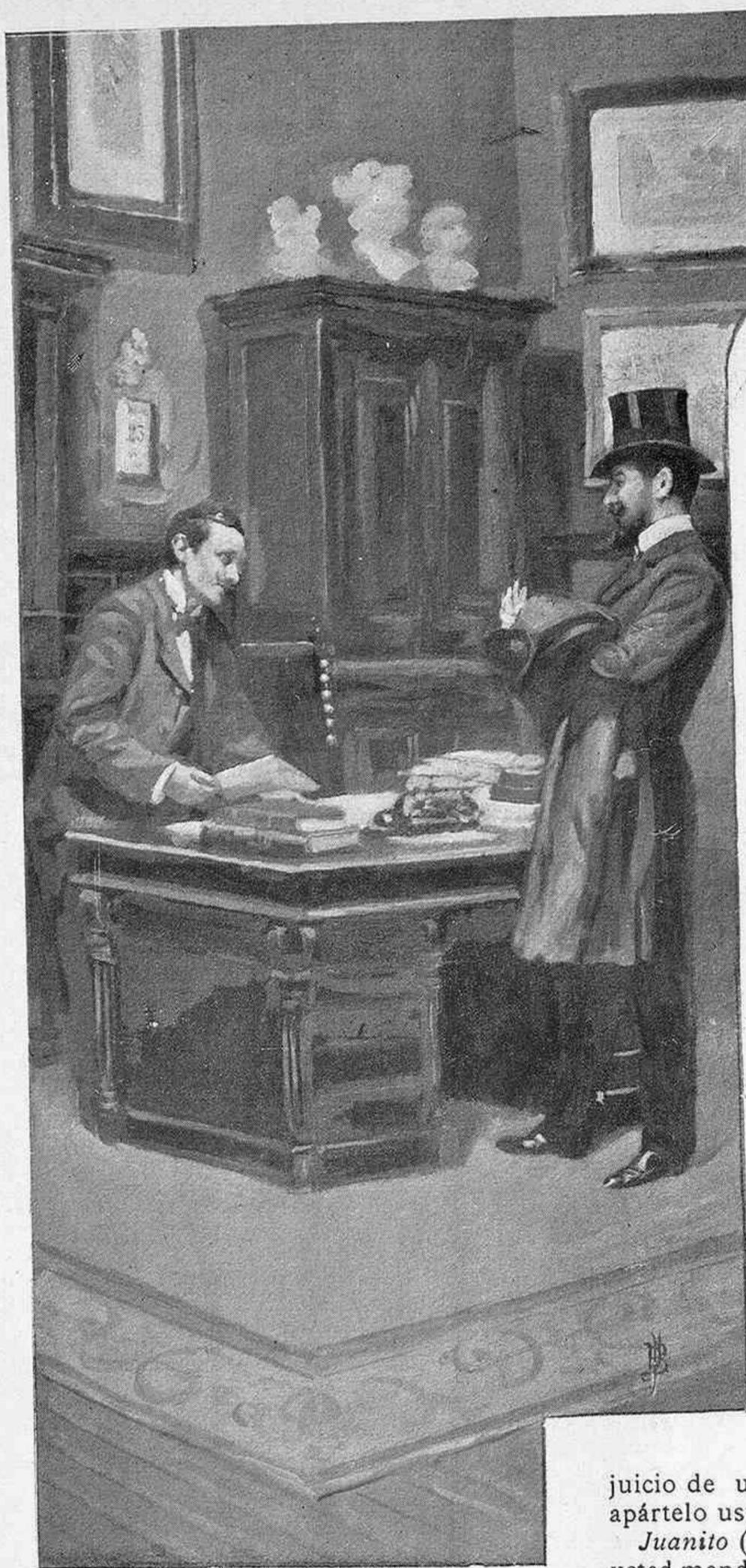


NÚM. 63

AMPARO TABERNER

Fot. de Audouard.





DESENLACE

SIN COMEDIA

PERSONAJES

Gonzalo Sadolú; buen mozo él, aunque diputado á Cortes.

Juanito (no se sabe cuántos, ni á él le importa), secretario particular del anterior, y buen mozo también, pero no tanto.

Una mujer, que llora.

Otra ídem, que grita.

Tres hombres, que ríen.

Cuatro ídem, que pagan.

Presbíteros, frailes, monagos y otras personas ordinarias.

(La escena se verifica en cualquier tiempo y en cualquier parte).

I

GONZALO Y JUANITO

Gonzalo (mirando su reloj y disponiéndose á salir). — No puedo perder un solo minuto. El expreso del Norte sale dentro de media hora y apenas me queda el tiempo necesario para llegar á la estación. Si, como espero y deseo, esta repentina indisposición de mi madre no tiene gravedad, mañana mismo puedo estar de vuelta. De todos modos, amigo Juanito, para usted no hay secretos en esta casa. Yo me ausento; pero se queda usted y es lo mismo que si no me ausentase. Ese telegrama no me ha permitido ver el correo de hoy; ahí queda íntegro. Hágame usted el favor de verlo. En todo aquello que pueda usted despachar por sí mismo, substitúyame sin inconveniente; ya está usted al tanto de mis negocios. Si hubiera algo que, á juicio de usted, no puede por su índole ser despachado, apártelo usted y ya me dará cuenta de ello á mi vuelta.

Juanito (inclinándose respetuosamente). — Lo haré como usted manda. Deseo que halle usted bien á su señora madre.

Gonzalo. — Gracias. Hasta la vuelta (vase).

II

JUANITO (solo).

Ha transcurrido media hora. El secretario, que ha examinado escrupulosamente el correo, tiene á derecha é izquierda sendos montones de cartas: en uno se hallan las que necesitan ser consultadas con el principal; en el otro las que Juanito puede contestar sin consulta previa. Una carta, una sola, está sin clasificar todavía. La carta despide perfume delicioso y aristocrático; es una cita amorosa. Lacónica, expresiva, discreta y llena de promesas embriagadoras. Juanito ha leído y releído la epístola, enloqueciéndole más y más; mira el sobre, remira la firma; torna á leer las tres líneas que contiene, retorna á fijar su vista en el sobre y, por último, como aquel que después de maduras meditaciones adopta decididamente una determinación, guardó el billete amoroso y dijo en voz alta: — Iré. Las instrucciones de don

Gonzalo son terminantes; «en todo aquello que pueda usted despachar por sí mismo, substitúyame sin inconveniente».

La cosa no puede ser más clara.

Para estas empresas amorosas me basto y me sobro; ¿cómo he de confesar á mi jefe que no me consideré capaz de despachar por mí mismo este asunto? ¡Vaya si lo despacharé! Y tan bien como él lo habría despachado, y acaso mejor que él; porque la mujer que esto escribe y que con tales extremos da cita, debe de ser el ideal de las amantes.

III

DESENLACE

Cesa la canción de amor;
óyese débil rumor
y una misteriosa puerta
por mano invisible abierta
se presenta al trovador.
Penetra en patio sombrío,
que verde musgo tapiza,
y allí, con pujanza y brío,
le pegan una paliza
de padre y muy señor mío.

(A. S. P.)

Salvo que el infeliz subalterno de Sadolú no era trovador, ni lo parecía; salvo que la *canción de amor* se redujo (según las instrucciones contenidas en el perfumado billete) á tres prosaicas palmadas; en todo lo demás, la aventura *non nata* de Fernando tuvo fin exactamente idéntico al de la historia lastimosa referida en los versos que sirven de tema á este desenlace.

Llegó Fernando á la puerta de un caserón antiguo; dió las tres palmadas; se abrió un postigo; entró por él el Tenorio sustituto; y no bien puso los pies en el zaguán, cayó sobre el joven tal lluvia de estacazos, acompañados de otros tantos improperios, que el desdichado creyó, con razón, llegada su última hora.

Curas, sacristanes, monagos, etc., etc., eran los apaleadores; viejas beatas, las gritadoras. Los palos y las maldiciones, los porrazos y los anatemas se sucedían sin interrupción. Fernando, aturdido desde el primer estacazo que le alcanzó á la cabeza, no acertó á explicar lo que le pasaba, ni supo nunca explicarse lo que le había pasado.

Cuando volvió en sí, hallóse tendido en medio de la calle, rodeado de curiosos, cercado por guardias de orden público, los cuales consiguieron hacerle entender que era presunto autor de una tentativa frustrada de robo sacrílego, en el convento cuyas puertas inviolables había forzado.

Así terminó aquel drama que no había principiado y que sirvió á Juanito de escarmiento para no substituir á su principal en aventuras amorosas.

A don Gonzalo, que logró librarlo de la justicia, se lo contó todo y le hizo comprender que aquella soberana paliza era destinada evidentemente á su principal. Convino en ello Sadolú; pero dijo, sonriendo seráficamente: *ahí me las den todas*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



PEDAGOGIA RURAL

SEÑORITO. ¿Me da usted dinero para la compra?

—No tengo un céntimo, Mónica.

—Pues hoy me vuelvo con la cesta vacía del mercado, porque ya nadie me fía, señorito. Debemos á todo el mundo. Por supuesto que yo había de ser el maestro y á mí me habían de negar mi paga, que lo que es esos vestidos y esos faralares que la alcaldesa se trae de los Madriles por San Isidro y que se compra con sus dineros de usted, se los hacía trizas encima de su persona.

La pobre mujer, envejecida junto á su amo, testigo y partícipe de todas sus hambres pedagógicas, compañera de martirio desde que el maestro obtuvo la primera prebenda docente de seiscientos reales al año, en el fondo de un rincón salvaje de la montaña, la antigua criada hablaba roja de ira, manoteando con ímpetu, como si tuviera delante á la pobre señora del alcalde con sus cortesanías galas, á punto y en peligro de ser deshechas por la iracunda mano de la sirvienta. Y tanto despotricó, que el bueno del maestro, cediendo á aquel alud de indignación justa que caía sobre él, concluyó por exclamar, apelando á un último resto de energía:

—Bueno, mujer, hoy mismo iré á hablar al alcalde. Ahora acaba de cobrar el municipio los consumos y no me podrá negar que está en fondos. A ver si consigo sacarle algo á cuenta. Conque, que te den de fiado en la plaza una vez más.

Y mientras la vieja criada cargaba con la cesta, el pedagogo se encaminó á clase en busca de la ominosa picota de sus explicaciones.



pasó inadvertido, sin corrección alguna. Los chicos se miraban unos á otros. En lectura aconteció otro tanto. El sonsonete monótono, la pronunciación incolora de papagayo, la falta de sentido, nada provocó la menor advertencia. Se adivinaba que el dómine no estaba en su sitio sino de cuerpo, mientras el espíritu volaba lejos de allí.

Y no volaba muy lejos, al ayuntamiento. El pobre pedagogo lamentaba no poseer las energías de su vieja criada, algo carabinero de temple y capaz de cantarle las cuarenta al municipio en masa, mientras él, blando de condición y manso de carácter, reconocíase incapaz de alzar el grito y temblando estaba de que llegara el instante de poner el pie en el augusto recinto de las autoridades concejiles, instante temido que no tardaría en echarse encima y que no podía retrasar porque se moría de hambre.

Iba á pedir lo suyo, iba á pedir el mísero sueldo que cobraba á cambio de las semillas de cultura sembradas en los chicos del pueblo, iba á pedir, como quien demanda una limosna, el pedazo de pan académico que de derecho le correspondía, pero iba á pedir y eso no podía perdonárselo el municipio.

— Pase usted, don Cosme, — exclamó el alguacil, añadiendo con su brutalidad de rural y de autoridad mínima: — No hay puerco al que no llegue su San Martín. — El puerco llevaba dos horas de espera en un banco, en el que aguardaban en el antedespacho del alcalde á que su palurda señoría diera audiencia, los vecinos del lugar. El pobre hombre, temiendo empeorar su situación, no se había atrevido ni á respirar en los sesenta minutos, sonriendo á cuantos concejales acudieron á la sesión, los ricachos del pueblo, la flor y nata de la labranza, todos responsables, cual más cual menos,



de su académica orfandad, y todos pasando ante él imposibles sino despreciándole.

El maestro penetró en el despacho de la autoridad, una pieza no muy grande, con un arcón de madera labrada en que se depositaban los fondos, en un ángulo, una mesa cubierta de papeles en la quera bajaba un escribiente, y una litografía presidencial colgada en el muro. El alcalde, atropellando desbocado la prosodia y soltando cada barbaridad gramatical que hacía estremecer la habitación, dictaba al

amanuense ¡él! un bárbaro con mu has penas, que no sabía ni hablar. Y en cuanto vió al maestro, suspendiendo su obra magna le volcó unarociada de patán, ignorante de lo que hiere, diciéndole sin esperar á oír el motivo de la visita:

— Usted vendrá por dinero ¿no es eso? Pues hijo, lo siento mucho, pero en la sesión de esta tarde hemos acordado celebrar la feria de costumbre y no tengo en caja sino lo preciso para pagar la corrida de veinte toros del día del santo patrono. En obsequio al pueblo tendrá usted la bondad de aguardar un poco más.

El maestro no supo qué contestar, sintió honda envidia de las reses y se marchó á contarle á la vieja criada su fracaso, con la muerte en el alma y un gran calor en el rostro.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustrado por V. BUIL.

SONETOS

I

Bartolo, que era un tonto de primera,
amaba á Inés con el amor más puro,
y ella, por ser su santo, á su futuro
quiso hacerle un regalo placentera.

Decidir cuál mejor regalo fuera
puso á la pobre chica en trance duro,
y su madre la dijo al ver su apuro
que lo mejor un par de guantes era.

Y ese el regalo fué; pero Bartolo,
temiendo que al tomar el par entero
pudiera decir alguien que era un bolo
y al no tomar el par que era un grosero,
tomó en vez de los dos un guante solo
y devolvió á su novia el compañero.

II

No envidio del Monarca la grandeza,
ni del guerrero el lauro victorioso;
sin envidia contemplo al poderoso,
sin envidia al que vive en la pobreza.

No envidio de la cuna la nobleza,
ni del genio el destello esplendoroso,
y ni envidio al sujeto cariñoso,
ni al que á nadie le baja la cabeza.

No envidio á las personas que se casan,
é igual miro á los que huyen en verano
que á los que no se ausentan y se abrasan.

Tan sólo envidio, lo confieso ufano,
las resmas de papel, porque se pasan
un año y otro *mano sobre mano*.

III

No bien dió César al amor primero
de la cándida Elena pasaporte,
casó con una dama de la corte
que tenía muchísimo dinero.

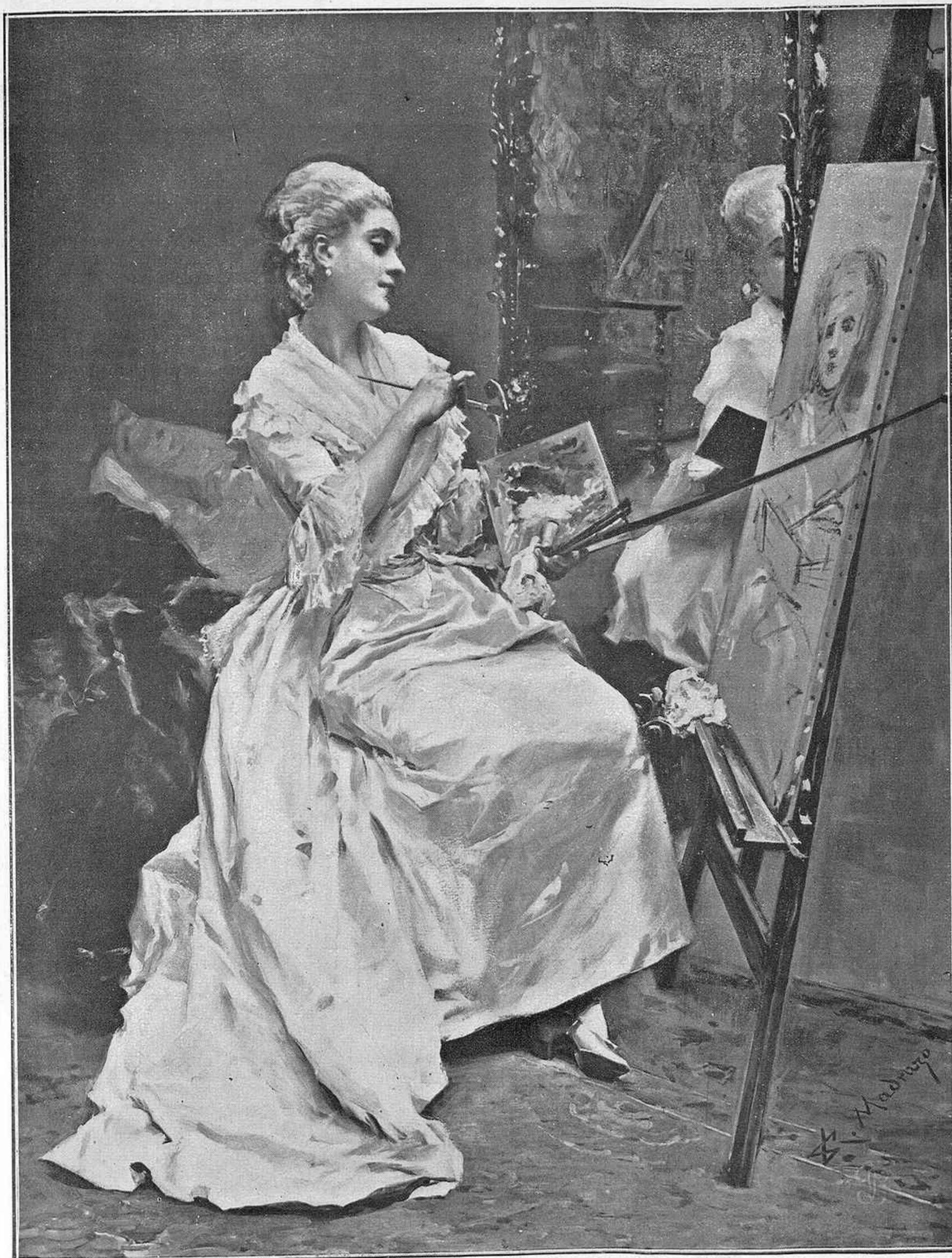
Elena, presa del dolor más fiero,
buscó á su mal en la virtud soporte,
mas perdido el amor de su alma norte
fué su vida de lágrimas reguero.

Pasó el tiempo que todo lo refrena
y, cuando Elena menos lo temía,
vino la muerte á sorprender á Elena;
y—¡oh poder de la humana fantasía!—
el mundo dijo que murió de pena...
y murió de estanquera en Almería.

CARLOS CANO

RR GRAS

Orla de R. R. GRAS.



EL ARTE POR LUJO.

MERITOS Y SERVICIOS



PEPITO Trampolín tenía que ir á Toledo.

¿A qué? No lo hemos averiguado.

Quizás á visitar alumnos militares; acaso á contemplar maravillas arquitectónicas; tal vez á relamerse con el tan aplaudido mazapán hijo del país.

Ello es que Pepito resolvió hacer el viaje á la ciudad de los concilios y de los albaricoques, y llegado el oportuno instante, tomó el tren, congratulándose de que en el departamento donde montó, entrase poco después una joven provista de un rostro de facciones ideales y de un cuerpo de contornos conmovedores.

No iba sola. Le acompañaba una señora que hubiese inspirado respeto si

más que señora no hubiese parecido un mochuelo con falda y capota. Llamábase doña Pascasia y era madre de la joven, sin duda por equivocación.

Con las dos viajeras entró en el departamento una colección de bultos verdaderamente aterradora, y doña Pascasia, en su deseo de acoplarlos bien, comenzó por aplastar á Pepito el pie derecho con una maleta descomunal, mientras le colocaba sobre el izquierdo los dos suyos, que parecían dos furgones.

Acomodó en las inmediaciones de Pepito una sombrerera, dos sacos de noche, tres macetas, cuatro paquetes enormes y una jaula con un mono, y sobre el pobre viajero, en la rejilla correspondiente, una cesta llena de comestibles.

Lo primero que se le ocurrió á Pepito fué protestar; pero... ¡era tan bonita la joven!...

El fenómeno que le acompañaba, quitó bruscamente á Pepito el sitio que éste había tomado junto á la ventanilla, y el viajero se lo dejó á la madre, porque la hija le había llegado al alma repentinamente y no era conveniente negarles nada. Por el contrario; se propuso ser el colmo de la complacencia.

Rosa (que así se llamaba la muchacha) miraba á Pepito con extrañeza y Pepito era tan majadero que tomó la extrañeza por interés rayano en cariño fulminante. Así es que aquellas miradas ferroviarias eran más vivas cada vez y más frecuentes.

Mientras tanto doña Pascasia, sentada junto al joven, había decidido molestarle continuamente de palabra y de obra, y no cesaba en sus preguntas y en sus importunidades.

—¿Va usted á Toledo, eh?

—Sí, señora.

—¿Querría usted hacerme un favor?

—Usted dirá.

—Ir á ver al señor Gómez, el canónigo, y decirle que se ha muerto ayer su hermana Sinforosa, víctima de la escarlatina.

—Señora,—dijo Pepe,—aunque llevo el tiempo tasado, por complacer á usted... (*mirando de reojo á la joven*) iré á ver no al señor Gómez, sino á todo el cabildo.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Caballero ¿lleva usted unas tijeras?

—Sí, señora; tome usted.

—Es para cortarme un padastro.

—Córtese usted todo lo que quiera.

—¡Ay! Se me han caído... ¡y se han despuntado!... ¡Válgame Dios!

—No se apure usted, señora, que ya les sacaremos punta... Yo le saco punta á todo.

—Más vale así.

—¿Ustedes gustan?—dijo Pepito, ofreciéndoles jamón en dulce y pavo trufado.



—Mil gracias, —respondió Rosa, excusándose con una sonrisa que acabó de *trufar* el corazón de Pepe. Doña Pascasia no respondió; lo que hizo fué echar los cinco mandamientos sobre la merienda de Pepito y en un abrir y cerrar de ojos (ó de boca, mejor dicho) se la engulló toda.

Rosita, en vista de aquel despojo, exclamó con una dulzura encantadora:

—¡Pobrecillo! Mamá le ha dejado á usted *in albis*.

—Eso no, —interrumpió la aludida, —cuando llegemos á Parla, sacaré la lengua.

—¡Eh?

—Sí, señor; traemos en la cesta una lengua á la escarlata y un dulce de guinda que se va usted á chupar los dedos.

¿Por qué sufrió Pepito con paciencia la desaparición de sus *fiambres frías*, como los llamaba doña Pascasia? Por lo mismo que lo sufría todo: porque había que hacer *ndeitos* y servicios ante la bella desconocida, en holocausto de algo que pudiera llegar á ser amor y dicha.

El tren paró en la estación de Esquivias.

—Caballero, —dijo la vieja, —¿quiere usted llamar á la aguadora?

—Con mil amores, —contestó Pepito.

Y la llamó y la pagó, después de sufrir que la señora le salpicase de agua.

No pararon en esto las molestias. Otra vez el tren en marcha, se asomó doña Pascasia á la ventanilla ¡y no fué susto el que dió á Rosa con el soponcio de que fué acometida cuando vió junto á la vía un burro que la recordó sin saber por qué á su difunto esposo (q. e. p. d.)!

Desvivióse Pepito en prodigar á la buena señora todo género de auxilios, llevando, en cambio, unos cuantos bofetones procedentes de una terrible excitación nerviosa. Pero es lo que él decía: «Un servicio más. ¡Un mérito más para con la joven!»

Asomóse nuevamente á la ventanilla doña Pascasia, y debido sin duda á lo mal prendida que llevaba la capota en el raquíptico moño, ¡paf! se llevó el viento aquel inverosímil artefacto, destinado por la Providencia á que algún pastor lo recogiera y lo utilizase para espantapájaros.

Pues bien, ¿quiere usted creer, lector querido, que la viajera en pelo estuvo á punto de hacer bajar á Pepito en persecución de la capota volante?

Apenas hubo Pepito comenzado á descansar bajo la cesta que iba en la rejilla, sintió que unas gotas frías y pegajosas le caían sobre el cogote y entrándole por el cuello de la camisa, se le escurrían por la espalda.

—¿Qué es esto? —exclamó Pepito.

—¡Ay, mamá! —dijo Rosa. —¡Ya te decía yo que el tarro de la guinda iba mal tapado!

No le faltaba más á Pepito, para pasar por un señorito *almibarado*, que aquel chorrito que le iba cayendo desde la rejilla.

Pero había no sólo que aguantarse, sino que reirse de la gracia además. ¡Claro! La hermosa viajera...

La llegada á Pantoja, que era el punto donde debían apearse las damas, no podía hacerse ya esperar mucho.

La despedida iba á ser tierna, según suposición de Pepito, y la esperanza de volver á ver á Rosa, le animaba á continuar el viaje rebosando felicidad.

Arreglan sus bártulos las viajeras y el tren para en la estación de Pantoja.

* * *

Abre Rosita la portezuela y ¡oh asombro sin igual! baja de un salto al andén y sin despedirse de Pepito, se arroja en los brazos de un sujeto que se había aproximado al convoy.

Pepito no pudo menos de preguntar todo atollado y confuso:

—¿Quién es ese?

—¡Quién ha de ser! —contestó doña Pascasia, —mi yerno.

—¿El marido de...?

—De mi hija; sí, señor... Vaya, hasta la vuelta.

—¡Vaya usted á freir espárragos!

Hambriento y con el cogote en dulce, prosiguió Pepito su camino, exclamando para sí: «¡Sufra usted tantas pejugueras para esto!... ¡Haga usted méritos y servicios!... Lo que es otra vez...» Y llegó á Toledo sin gana de mazapán.

Ilustraciones de TEODORO GASCÓN.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

EL QUIJOTE DE AVELLANEDA

CONFORME anunciamos oportunamente, en el presente número damos principio á la publicación de esta novela cuya existencia era, á buen seguro, desconocida para la inmensa mayoría de nuestros favorecedores, y que pocos, contados, habrán leído. Como que se han hecho de ella, desde su remota aparición, sólo tres ediciones y éstas cortas, de tal suerte que se agotaron fácilmente.

Nació condenada por la opinión pública, que vió en el autor de aquella continuación del *Ingenioso Hidalgo* á un envidioso vulgar del gran Cervantes, y le puso abiertamente la proa, en justo castigo á tanta osadía y mala intención, sin tomarse siquiera el trabajo de analizarla, despreciándola á su simple anuncio, antes de que viera la luz.

Pero, andando el tiempo, no faltaron amantes de las letras que, perdonando su pecaminoso origen, por ser menos vivo al apasionamiento, reconocieron al segundo *Quijote* como obra de mérito, deslucida tan sólo por el brillo extraordinario de su modelo, con el cual no existe parangón posible; elogiando en alto grado su estilo que la coloca en la lista de las autoridades de la lengua, su amena narración, sus magníficas descrip-



RAIMUNDO CASELLAS.—AUTOR DE LA OBRA «LOS SOTS FRESTECHS».

Fot. de Napoleón.

ciones y sus originales episodios; é incluyéndola algunos reputados críticos en el número de los libros clásicos que sirven de pedestal á nuestra literatura patria.

No se conoce el nombre del autor, pues éste ocultólo bajo el pseudónimo de *Alonso Fernández de Avellaneda*; que debió corresponder sin duda á una de las primeras plumas del siglo XVII.

PLUMA Y LÁPIZ, en obsequio á sus favorecedores y á título de curiosidad, la incluye en la *colección de novelas clásicas españolas* que viene publicando en su folletín encuadernable, cabiéndole el placer de manifestar que esta edición tiene sobre las anteriores, si queda de ellas algunos ejemplares dispersos, la ventaja de ser la única ilustrada é importante: pues aquéllas se publicaron á palo seco y modestamente, mientras la nuestra formará, al final, un elegante y rico volumen con infinidad de hermosos y artísticos grabados.

No será persona de gusto quien desperdicie la oportunidad de poseer la última y mejor edición de *El Quijote de Avellaneda*.

PASATIEMPOS

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

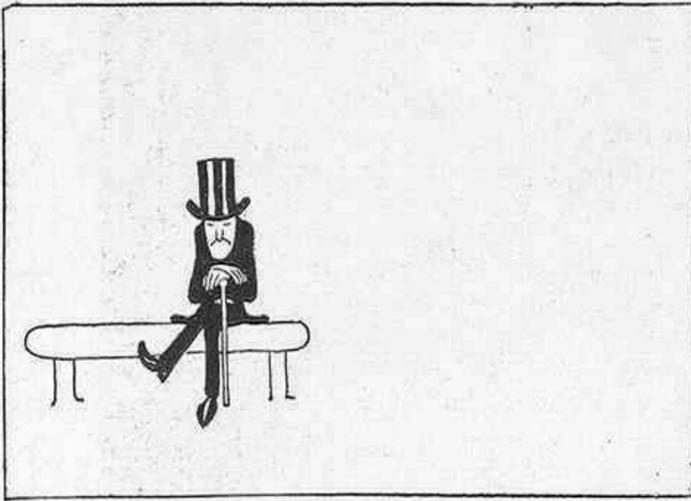
Logogrifo numérico.—Laurentino.

Charada.—Restablecido.

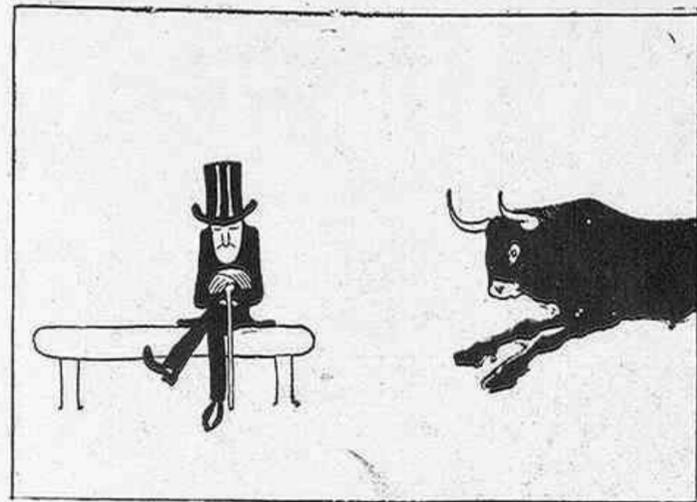
Frase hecha.—Estar en berlina.

Jeroglíficos comprimidos.—Clarinete.—Salario.

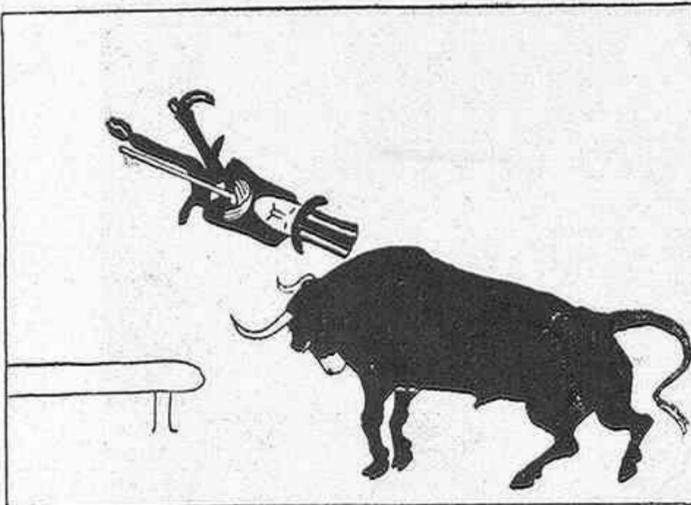
NOTA.—No se devolverán los originales aunque dejen de utilizarse.



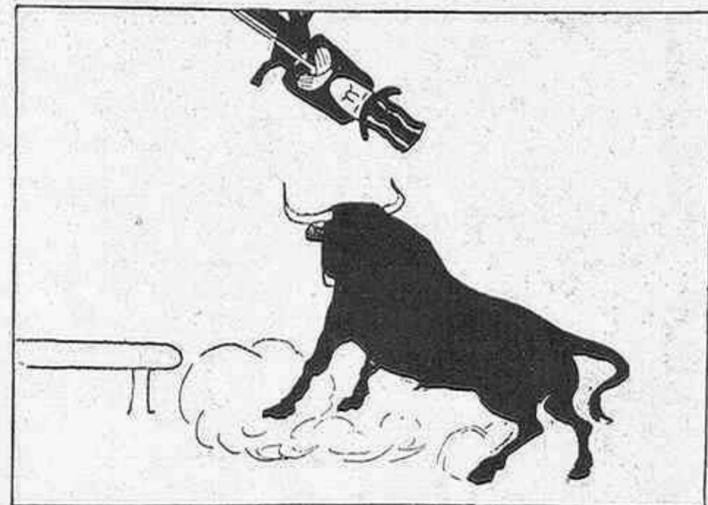
1.—Hace veinte años murió mi esposa... Me parece estar viéndolo...



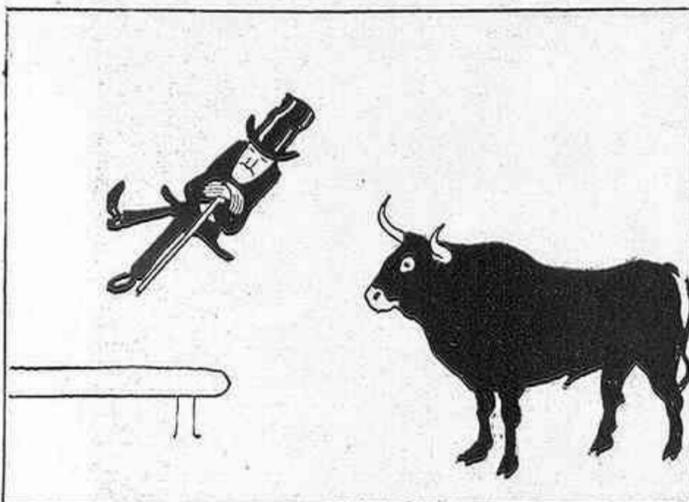
2.—La desgracia llegó como un rayo...



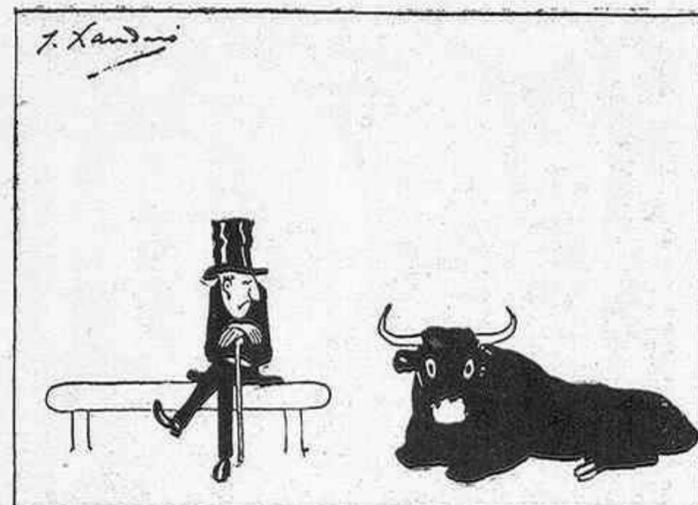
3.—Recibí el terrible golpe con resignación... eso sí...



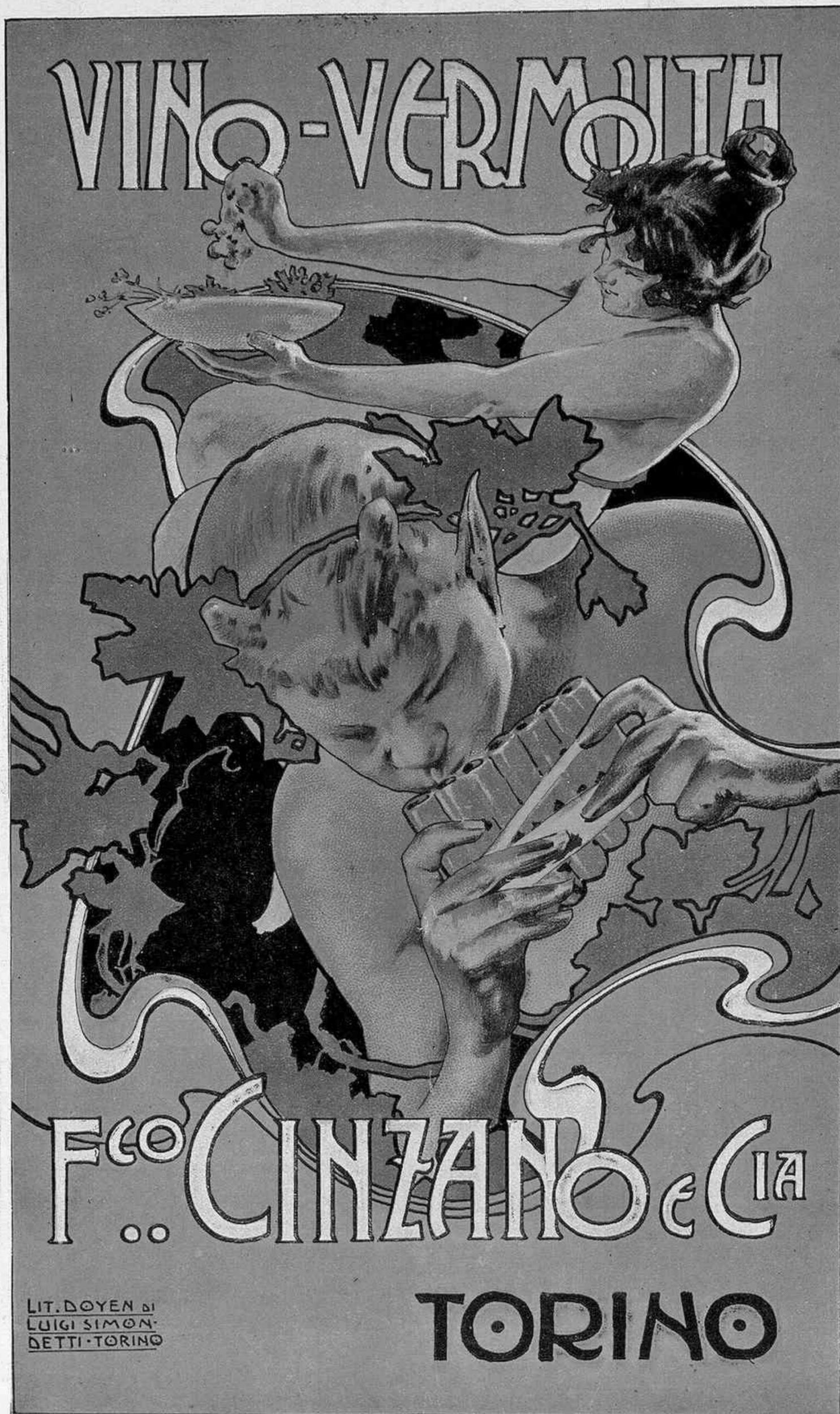
4.—Pero mi dolor rayó á gran altura...



5 —...Hasta caer...



6.—En el abatimiento actual. ¿Qué hará ahí ese bicho?



Cartel anunciador del Vino-Vermouth, publicado por la Casa F. Cinzano y C.^a Torino (Italia).